

### ***Bases de la documentación lingüística.***

Versión inglesa editada por Jost Gippert, Nikolaus P. Himmelmann y Ulrike Mosel. Versión en español coordinada por John B. Haviland y José Antonio Flores Farfán. México: Instituto Nacional de Lenguas Indígenas, 2007. 468 págs.

**Rodrigo Romero Méndez**

Seminario de Lenguas Indígenas  
Instituto de Investigaciones Filológicas  
Universidad Nacional Autónoma de México

Más que ser un manual de técnicas de campo, *Bases de la documentación lingüística* ofrece un conjunto muy valioso de reflexiones sobre ese tema. La traducción en español que nos ofrece el INALI, gracias a la iniciativa de John B. Haviland, se convierte en una referencia indispensable para quienes trabajamos con lenguas indígenas, pero también para quienes estén involucrados directamente en la recolección y el manejo de datos lingüísticos en general (piénsese en estudios variacionistas o de adquisición del lenguaje), e incluso para antropólogos o etnólogos interesados en trabajar directamente con prácticas lingüísticas de una comunidad dada, indígena o no.

La documentación lingüística no es una labor nueva: pensemos, por ejemplo, en los cilindros recubiertos de fonógrafo usados por Franz Boas para grabar audio allá por 1930 en alguna de sus visitas a los kwakiutl (Ruby, 1980), mejor conocidos ahora como kwakwaka'wakw. Bien que mal, la documentación lingüística ha existido, en cierto sentido, desde que existen métodos para grabar audio y video. Sin embargo, el reconocimiento de la documentación como un disciplina lingüística con derecho propio, con ciertos estándares de calidad y con reflexiones teóricas que le son propias, sí es nuevo. El libro editado por Gippert, Himmelmann y Mosel es una muestra de ello y nos ofrece una panorámica muy amplia sobre métodos de recolección, manejo y almacenamiento de datos, aspectos gramaticales en relación con la documentación, reflexiones sobre las relaciones entre el investigador y la comunidad, entre otras. El hecho de que sea una disciplina “nueva” se nota también en dos temáticas que son tratadas directamente en el libro: la interrelación entre documentación y la tecnología de la información, y el énfasis en relaciones de mutua cooperación entre los investigadores y las comunidades.

Cuando uno piensa en documentación lingüística quizá lo primero que viene a la mente es la gran cantidad de lenguas que están en peligro de desaparecer. En efecto, la documentación (y la descripción lingüística) es una de las posibles respuestas ante la trágica pérdida de diversidad de lenguas que se vive en el mundo entero. En el ámbito nacional, la documentación lingüística es una tarea urgente con respecto a las lenguas indígenas de México, todas ellas, en mayor o menor medida, en peligro de desaparición. Sin embargo, como los editores mencionan y uno mismo descubre en la lectura, la documentación lingüística es importante independientemente de este grave problema: se trata de imponer estándares con respecto a las bases empíricas del estudio del lenguaje. En este sentido, la necesidad de contar con datos verificables puede ser una contribución muy importante de la documentación.

La gran variedad temática ofrecida en el libro cubre muchas de las áreas del quehacer del lingüista que se dedica a trabajar directamente con datos. Además de una introducción general sobre qué es la documentación lingüística en el capítulo 1 (escrito por Himmelmann), podemos encontrar las siguientes líneas temáticas:

- Manejo de datos lingüísticos en los capítulos 4 y 9, escritos por Peter Austin y Eva Schultze-Berndt, respectivamente.
- Aspectos gramaticales en los capítulos 6 y 12, escritos por John Haviland y Ulrike Mosel, respectivamente.
- Diseño ortográfico en el capítulo 11, escrito por Frank Seifart.
- Aspectos relacionados con el lenguaje hablado en los capítulos 7 y 10, ambos escritos por Nikolaus Himmelmann.
- Aspectos éticos y de vinculación con la comunidad en el capítulo 2 (Arienne Dwyer), capítulo 3 (Ulrike Mosel), capítulo 5 (Jane Hill) y capítulo 8 (Bruna Franchetto).
- Aspectos de tecnología de la información en el capítulo 13 (Paul Trilsbeek y Peter Wittenburg), capítulo 14 (Jost Gippert) y capítulo 15 (David Nathan).

Siguiendo esta misma línea temática, examinemos ahora brevemente las ideas principales que se exponen en estos capítulos.

El capítulo escrito por Himmelmann sirve en cierta forma como introducción y justificación teórica al resto del libro. Aquí se explica qué es la documentación, para qué sirve y en qué se diferencia esta nueva propuesta de las prácticas de

documentación que se han seguido desde la época de los filólogos del siglo XIX. Hay tres nociones básicas con respecto a la documentación que uno debería tener en mente. En primer lugar, el registro de los datos debe ser representativo del comportamiento lingüístico de una comunidad, incluyendo distintos registros y variedades, así como su conocimiento metalingüístico. Además, propone que la documentación debe planificarse para usuarios y generaciones futuras, de tal forma que debe ser multifuncional y duradera. No debe pensarse entonces únicamente en la comunidad científica (lingüistas o antropólogos) como posible consumidora de los datos sino también en maestros y, sobre todo, en la comunidad misma cuya lengua se documenta.

Himmelmann había abordado ya el problema de la documentación desde una perspectiva quizá un poco más teórica en un artículo pionero anterior (Himmelmann, 1998), en el cual insiste en que la documentación puede (y debe) ser vista como una subdisciplina que no está necesariamente supeditada a la descripción. En este capítulo, se centra en cuestiones de orden más práctico y en brindar una justificación conceptual al resto de los capítulos del libro.

Peter Austin aborda en su texto aspectos metodológicos con respecto al *manejo* de los datos lingüísticos: cómo planear su recolección, cómo procesarlos y almacenarlos. A decir del autor, la forma en la que se manejan los datos en la documentación difiere de la manera cómo se usan en la descripción. Mientras que en esta última, el objetivo principal es la producción de gramáticas y diccionarios, en la primera la recolección misma, la representatividad y la difusión de los datos son la meta central. El capítulo escrito por Eva Schultze-Berndt trata sobre la anotación de eventos comunicativos, que va de la transcripción (ortográfica, fonémica o fonética), a la traducción y después a la anotación gramatical (que incluye el glosado). Además de las anotaciones de lo propiamente dicho, también se insiste en registrar aspectos prosódicos, extralingüísticos y paralingüísticos relacionados con los participantes, así como en hacer comentarios del contexto situacional.

En relación con asuntos de corte más gramatical, Haviland nos muestra una serie de problemáticas con respecto a la documentación lexicográfica, que un lingüista de campo debería tomar en cuenta para reflexionar sobre su propio quehacer. Basado en su propio trabajo en guugu yimidhrr y tzotzil, Haviland revisa algunas "moralejas conocidas", como él mismo les llama, en relación con el significado de las palabras, para después concentrarse en técnicas para la extracción del conoci-

miento léxico y en metalenguajes para su representación. En otro capítulo, Mosel aborda las características que debería tener un esbozo gramatical para la documentación lingüística, el cual no es una “gramática breve”, sino un documento que tiene el propósito de facilitar el acceso a la documentación.

En muchos sentidos, el capítulo de Frank Seifart sobre el diseño ortográfico es quizá uno de los de mayor relevancia para la situación actual de muchas lenguas indígenas. En primer lugar reflexiona sobre algunos conceptos básicos relacionados con sistemas de escritura desde un punto de vista técnico. Después, valora también factores no lingüísticos que están involucrados en el diseño de ortografías. En otro apartado ofrece dos estudios de caso sumamente interesantes: las nasales en lenguas tucanoanas y la palatalización en miraña. Finalmente, reflexiona brevemente sobre la escritura de lenguas tonales, las ortografías multidialectales y la elección de grafemas.

Himmelman, en dos capítulos distintos, trata cuestiones relacionadas con el habla. En el primer capítulo llama la atención sobre la documentación de aspectos prosódicos en el mensaje lingüístico y da sugerencias sobre cómo trabajarlos en el campo. En el otro capítulo estudia un problema que debe sortear toda persona que se enfrenta a una nueva lengua: la segmentación del flujo continuo del habla en “palabras” y unidades mayores, digamos, “oraciones”.

Una parte importante del libro está dedicada a temas relacionados con la ética en el trabajo de campo y la vinculación con la comunidad. En uno de los primeros capítulos, Dwyer se centra en aspectos morales y legales con respecto a la recolección y distribución de los datos, así como otros aspectos de la relación entre el investigador y la comunidad cuando se hace trabajo de campo. Por su parte, Mosel analiza un conjunto de tareas que el lingüista seguramente realizará cuando intente documentar o describir una lengua y compara los intereses que pueden tener las personas de la comunidad o lingüistas comunitarios y los intereses que puede tener un lingüista académico. En muchos casos, dichos intereses no serán exactamente los mismos. Quizá uno podría objetar que en estos capítulos se muestran los cánones actuales de los países desarrollados con respecto a la documentación lingüística (que se lleva a cabo muchas veces en países en vías de desarrollo) y que nosotros no tenemos por qué someternos a sus estándares. Sin embargo, muchas de las reflexiones expuestas por estos dos autores bien podrían ser el punto de partida para nuestras propias prácticas de justa interacción con las comunidades.

En otro capítulo, Jane Hill nos recuerda que si queremos que la documentación lingüística responda a las “sensibilidades” de los hablantes, debemos incluir en ella la comprensión cultural y etnográfica de la lengua. La autora nos indica que los lingüistas documentales necesitan ser etnógrafos de la comunidad, además de aprender la lengua y la ideología lingüística. El capítulo escrito por Bruna Franchetto complementa las ideas expuestas por Hill. En él se insiste en que la información etnográfica es indispensable para realizar una documentación lingüística si nuestro objetivo no es únicamente crear bases de datos lingüísticos, sino preservar la herencia cultural de la comunidad. Este capítulo podrá ser de mucha ayuda para aquellos lingüistas que busquen que su trabajo sea útil para antropólogos y etnógrafos.

Los últimos tres capítulos del libro están orientados a la tecnología de la información. En cierto sentido, son los más técnicos. Por ello mismo, una visión introductoria a estos problemas, como la planteada por los autores, se vuelve casi indispensable para quienes no estamos necesariamente familiarizados con estos aspectos tecnológicos. Paul Trilsbeek y Peter Wittenburg nos hablan de los archivos lingüísticos modernos, los cuales deben responder a la necesidad de archivar los datos (primarios y derivados) en repositorios que estén disponibles para otros usuarios. Así pues, analizan las características de dichos archivos, las necesidades de los usuarios a corto plazo y la necesidad de plantear un almacenamiento a largo plazo. El capítulo de Gippert sobre la codificación de textos habla sobre los códigos usados por las computadoras al traducir tanto los caracteres como la organización del texto. De este modo, si bien puede ser un tema un tanto árido para la mayoría de los lectores, tenemos al menos que conocer los mecanismos de codificación si queremos tener acceso a nuestros materiales a largo plazo. En el capítulo final, David Nathan aborda las interfaces entre los productos de la documentación y los usuarios finales que podrían usarse para que dichos materiales puedan hacerse accesibles a las comunidades. Le interesan en particular las interfaces multimedia, principalmente porque integran audio y video con otros datos, se pueden generar con relativa facilidad a partir del trabajo de campo y pueden ser muy útiles para quienes requieren recursos lingüísticos (como maestros comunitarios).

En México, la documentación lingüística como tal, no supeditada a la descripción o a la búsqueda de validación de teorías explicativas particulares, es prácticamente inexistente. Seguramente este libro por sí solo no cambiará esta tendencia y tampoco deberíamos esperar que lo hiciera. Sin embargo, tal vez sí

pueda inspirar la reflexión de los propios lingüistas que ya hacen de por sí trabajo de campo en lenguas indígenas. Además de este público obvio, el libro también podría ser de mucha utilidad para muchos otros investigadores.

Para aquellos lingüistas que trabajan directamente en la recolección y el manejo de datos, incluso para quienes abordan una lengua bastante estudiada, es altamente recomendada la lectura del primer capítulo, sobre documentación lingüística, el que trata la anotación lingüística y los tres últimos capítulos, sobre tecnología de la información. Adicionalmente, quizá la lectura de algunos de los apartados sobre aspectos éticos no estaría de más.

Además de los lingüistas de formación, este libro puede ser de interés para antropólogos sociales, etnólogos y etnohistoriadores. El capítulo 5, sobre la etnografía del lenguaje, y el capítulo 8, sobre la etnografía en la documentación, serán de obvio interés para este tipo de estudiosos. De forma menos obvia, el capítulo sobre la documentación del conocimiento léxico también es altamente recomendable para ellos.

Fuera de la academia, y aunque tenga partes quizá muy técnicas, el capítulo de Frank Seifart sobre el diseño ortográfico es útil para maestros de lengua indígena y normalistas en general, así como para funcionarios y políticos involucrados en asuntos indígenas. En especial para éstos últimos, una lectura del primer capítulo, sobre documentación lingüística, podría ser beneficioso.

Una cosa que el lector debe tener en mente al consultar este libro es que no se trata de un manual para hacer trabajo de campo. De estos, hay varios disponibles: Vaux & Cooper, 1999 o Newman & Ratliff, 2001 y, más recientemente, Crowley, 2007 y Bower, 2008. Tampoco se trata de un libro en el cual se reflexione sobre la pérdida de la diversidad lingüística: puede verse para esto Crystal, 2002 y Evans, 2010. Quizá algunos otros lingüistas quisieran ver que las teorías lingüísticas explicativas actuales tuvieran un papel un poco más protagónico en la documentación. Piénsese, por ejemplo, en la función que podría tener un fonólogo en el diseño de un sistema ortográfico. No debemos, sin embargo, reprochar estas carencias en el libro, puesto que no es la intención de los editores ofrecer un manual sobre documentación, problematizar sobre el problema de pérdida acelerada de lenguas o hacer sugerencias sobre la aplicación práctica de teorías lingüísticas. Más bien corresponde a una nueva mirada con respecto a la documentación lingüística, tanto por la inclusión de capítulos que exploran aspectos tecnológicos

(tecnología de la información) como por el énfasis en la vinculación con miembros de la comunidad (lo que a veces se llama interacción cooperativa).

## Bibliografía

- BOWERN, C. (2008). *Linguistic fieldwork. A practical guide*. Basingstoke/New York: Palgrave MacMillan.
- CROWLEY, T. (2007). *Field linguistics. A beginner's guide*. Oxford: Oxford University Press.
- CRYSTAL, D. (2002). *Language death*. Cambridge: Cambridge University Press.
- EVANS, N. (2010). *Dying words. Endangered languages and what they have to tell us*. Malden, M. A: Wiley-Blackwell.
- HIMMELMANN, N. P. (1998). Documentary and descriptive linguistics. *Linguistics*, 36: 161-195.
- NEWMAN, P. & M. RATLIFF (eds.). (2001). *Linguistics fieldwork*. Cambridge: Cambridge University Press.
- RUBY, JAY (1980). Franz Boas and early camera study of behavior. *Kinesis Reports*, 3 (1): 6-11.
- VAUX, B. & J. COOPER (1999). *Introduction to linguistic fieldmethods*. Munich: Lincom.